

De los carolingios a las ciudades comunales

A la muerte de Carlomagno, acaecida en el año 814, tomó las riendas del Sacro Imperio Romano su hijo Ludovico Pío (años 814-840), el cual no tardó mucho en afrontar un problema espinoso y fundamental: la sucesión. Las complejas vicisitudes subsiguientes a las luchas entre los tres hijos y herederos de Ludovico, desembocaron en el año 843 en un acuerdo (tratado de Verdún) para el reparto del Imperio: a Lotario, el primogénito y, por tanto, heredero del título imperial, correspondió Italia y el territorio que se llamó **Lotaringia**, comprendido entre los ríos Rin, Ródano, Mosa y Escalda hasta el mar del Norte; a su hermano Ludovico se le entregó Alemania, y a Carlos, llamado el Calvo, le fue asignada Francia. De nada valió la reunificación del Imperio, llevada a cabo durante unos pocos años por el último de los carolingios, Carlos el Gordo (años 885-887): con su deposición, el Imperio se dividió definitivamente en varios Estados, que reclamaban plena autonomía y el desmembramiento del gran designio unitario de Carlomagno. De los tres reinos principales, Italia, Francia y Alemania, sólo la segunda, gracias al señor feudal Hugo Capeto, fundador de la dinastía de los Capetos (finales del siglo x), consiguió llevar adelante un proceso de identificación nacional y de unidad, que tuvo en la transmisión hereditaria del título regio su principal elemento de cohesión.

Oton y la hegemonia alemana

En Alemania la situación era más confusa, pues cinco casas feudales (Sajonia, Franconia, Suabia, Baviera y Lorena) se disputaban la supremacía de aquella rica región. Hacia comienzos del siglo X, Enrique 1 de Sajonia (años 918-936) logró prevalecer, imponiendo también la aceptación, como sucesor, de su hijo Otón 1 (años 936-973). En el reino de Italia dominaban la inestabilidad y el desorden extremos: en plena anarquía, los prepotentes señores feudales, sin ley ni autoridad que los controlara, reinaban como soberanos tanto en el Norte como en el Sur, mientras que en la Italia central el papado, desprovisto ahora de la protección de los carolingios, se hallaba a merced de familias sedientas de poder, que elegían y destituían a los pontífices con absoluta desenvoltura, y a menudo tras luchas sangrientas. Otón 1 no tardó mucho en intervenir, dado lo precario de la situación, y en el año 951 el reino de Italia (denominación que por entonces designaba sólo las regiones septentrionales y parte de las centrales) pasó a formar parte de la Corona germánica. Esta conquista se quiso revestir de un importante significado: el renacimiento, bajo dicha Corona, del Sacro Imperio Romano. Naturalmente, la realidad era muy distinta, pues al centralismo y unidad del mundo carolingio, Otón sólo podía contraponer la evidencia de numerosos señores feudales en lucha entre sí. Además, la alianza con el papado se había sustituido por una peligrosísima afirmación de la superioridad imperial sobre la Iglesia. Durante los años en que la Casa de Sajonia mantuvo a sus hombres en el poder, la situación no cambió sustancialmente; antes bien, los primeros años del siglo Xi asistieron a la multiplicación de centros (ciudades, principados, condados) que exigían autonomía.

La confusa situación monetaria

En una realidad tan compleja y confusa, también la economía registraba momentos de gran dificultad y de absoluta falta de organización: los escasos intercambios se llevaban a cabo durante las ferias locales con el empleo de un numerario muy pobre, ligado a la producción monetaria de los

señores locales, que se atribuían el derecho de acuñar, bien por concesión imperial o por usurpación. Se asiste, en suma, a una feudalización de la moneda que, en Francia, por ejemplo, se expresa con toda claridad en la ausencia del nombre del soberano en las cecas no directamente controladas por el rey. Además, las monedas se devaluaban constantemente: en el siglo XII, algunos sajones cambiaban el valor de una moneda hasta tres veces en un año, y ese valor lo asignaba el soberano según las necesidades del momento en absoluto la conciencia de que el metal fuese un componente fundamental, capaz de determinar el valor de una moneda). En Italia, hasta comienzos del siglo XIII, el circulante es el de tipo carolingio, con la cruz o el templo, el nombre del rey, el monograma de Cristo (o la mención a la religión cristiana), además del nombre de la ciudad. Los dineros de Milán, por ejemplo, hasta el nacimiento de la primera república (1250), presentan características que permanecieron constantes por espacio de 400 años, muy ligados a las monedas carolingias, aunque los emitieran dinastías diferentes. Como es natural, el dato iconográfico se halla ausente en gran parte. Para apreciar los sensibles e interesantes cambios, es preciso llegar a las primeras ciudades comunales, o sea a la manifestación de un radical cambio operado a todos los niveles.

Nacen ciudades comunales

Con la afirmación de los centros urbanos cambiaron muchas cosas. El fenómeno se dio en muchas partes de Europa, pero fue típico de Italia. Hacia los siglos XI y XII, una nueva energía, procedente de las ciudades, modifica de forma sustancial todos los equilibrios políticos, económicos y sociales: se trata del espíritu emprendedor que trata de romper la cerrada autarquía medieval y conduce a intensificar las actividades humanas, tanto prácticas como intelectuales. Ueva, sobre todo, a acentuar el deseo y la necesidad de gestionar directamente la cosa pública, que durante siglos había permanecido vedada a comerciantes y artesanos, así como a los nobles venidos a menos. Este fenómeno, que se desarrolló en Francia, Alemania y Países Bajos, tuvo su máxima expansión en la Italia septentrional (el Sur, que había conocido el fuerte poder centralizado de los normandos, no tuvo las mismas oportunidades). El hecho de que durante tantos años las ciudades del Norte, aun formando parte del Imperio, no estuvieran estrechamente controladas por una indiscutida autoridad, había permitido que se formaran asociaciones libres, capaces, con el tiempo, de restar poder al señor feudal y de asumir una autonomía política y administrativa cada vez mayores. La economía se revigorizó, el comercio se intensificó, las ferias se multiplicaron y, con todo ello, se incrementó el uso de la moneda. De este modo se llegó, hacia finales del siglo XI, a la necesidad de una organización monetaria totalmente desconocida para la sociedad anterior. No podía seguir existiendo una moneda sujeta a continuas devaluaciones, ni de bajo valor intrínseco, puesto que el comercio crecía cada vez más y se volvía imperativa la necesidad de regularlo de manera estable y práctica,

Nuevas necesidades, nuevas monedas

Si el sistema monetario instaurado por Carlomagno podía funcionar en una economía muy reducida, la realidad del siglo XIII llevó a la creación de una nueva divisa de plata, el **grosso**. Finalmente se vio la necesidad de acuñar también una moneda de oro autorizada y estable. El primero en comprender esta necesidad fue el emperador Federico II, de la casa de Suabia, el cual realizó en 1231 el bellísimo *¿Cuándo cayó el imperio romano?*

La división de los diversos períodos históricos es algo convencional, aunque se basa en importantes y profundos acontecimientos que sacudieron las civilizaciones, hasta el punto de justificar el fin de una era y el inicio de otra. A propósito de la decadencia del mundo antiguo, no todos los historiadores se muestran de acuerdo en aislar un único acontecimiento como particularmente significativo y simbólico del paso a la época medieval. Algunos juzgan precisamente el año de la fundación de Constantinopla y del traslado oficial de la corte imperial a esta ciudad, como el más indicado para señalar el fin de Roma y de lo que durante siglos había representado. Otros prefieren el año 395, año de la muerte de Teodosio, cuando se dividió concretamente el Imperio romano, hasta ese momento garante, en teoría, de la unidad de Oriente y Occidente. Muchos numismáticos hacen comenzar las monedas bizantinas a partir de Arcadio, el hijo de Teodosio al que se asignó el gobierno oriental. También hay quien ve en el saqueo de Roma, llevado a cabo en el año 410 por Alarico al frente de los godos, el momento más evidente de ruptura con un pasado de conquistas y de hegemonía romanas. La tradición más extendida, sin embargo, sitúa en el año 476 el verdadero fin del mundo antiguo: la deposición del último emperador, Rómulo Augústulo, débil, insignificante y muy joven (por ello apodado , Augústulo), sería el signo evidente del cambio radical de los tiempos. En todo caso, resulta obvio que el paso de un equilibrio político, social y cultural a otro se ve desde diversas perspectivas, y que son necesariamente subjetivas las interpretaciones de unos cambios tan radicales.

Los billetes de las colonias inglesas

La prolongada trayectoria histórica que llevó a Gran Bretaña en 1911 a encabezar un enorme imperio, extendido por no menos de 29 millones de kilómetros cuadrados y habitado por 420 millones de personas, se desarrolló en dos fases. La más antigua se inicia en 1583 con la fundación de Saint John's, en Terranova, mientras que la moderna se completa en el siglo pasado. En realidad, entre las dos fases no hay una auténtica interrupción, pero en cualquier caso la primera se puede considerar como el período de conquista y la segunda fase, como de consolidación de dicha conquista. Las etapas fundamentales de la historia del imperio británico pueden resumirse así: en 1585 se inicia la trata de esclavos africanos, en 1600 se funda la Compañía de las Indias orientales, que entregará al gobierno británico la totalidad del subcontinente indio, en 1785 se conquista Malasia y en 1788 Australia. El siglo XIX asiste a la conquista de enormes territorios de África central, oriental y meridional. El principio del fin del imperio colonial inglés coincide con la constitución, en 1926, de la Commonwealth, asociación libre de Estados soberanos cuya mayoría reconoce la autoridad simbólica de la Corona inglesa. Hoy, sin embargo, sólo una parte de estos países sigue considerando a la reina de Inglaterra como jefe del Estado.

Colonias africanas

El último testimonio de la colonización inglesa en Europa es Gibraltar. Son ex colonias Chipre y el

archipiélago de Malta. La expansión colonial inglesa en el continente africano interesó cuatro vastas regiones. Los Estados que formaban la British West Africa, y que corresponden a las actuales Gambia, Sierra Leona, Nigeria y Ghana, constituían una unidad administrativa y estaban dotados de una divisa común, la West African Currency, cuyos billetes permanecieron en curso hasta 1958. Extrañamente, en estos billetes, emitidos a partir de 1916, nunca aparecen los soberanos ingleses, sino hermosos paisajes de las costas africanas, con espesos palmares. También los Estados de la franja odentad, que formaban el grupo administrativo de la East Africa, disponían de una moneda común, que no era la libra esterlina, sino la rupia, dividida en 100 cents. En 1920-1921, el gobierno del protectorado, con sede en Mombasa, emitió billetes en floñes, divididos también en 100 cents, de los cuales 10 equivalían a una libra esterlina. Desde 1921 a 1964 estuvo en vigor el sistema inglés mixto, con la libra dividida en 20 chelines y el chelín dividido a su vez en 100 cents. El papel moneda se emitió con valores en chelines, pero en cada billete se indica siempre el equivalente en libras. Los retratos de los soberanos (Jorge V, Jorge VI e Isabel II) son más bien pequeños, y los epígrafes aparecen siempre en inglés y árabe. Hoy día en Kenya, Uganda y Tanzania se ha mantenido en uso el sistema del chelín dividido en 100 cents; sólo en Tanzania el término inglés shilling ha sido cambiado por shilingi. En el Sur, hasta 1963, los territorios de los actuales Zimbabwe, Malawi y Zambia formaban una federación compuesta por el protectorado inglés de Rhodesia del Norte y Rhodesia del Sur. El papel moneda de esos países formaba parte de las series emitidas por el Southern Rhodesia Currency Board, impresas en 1953; por el Central Africa Currency Board, en 1955, y finalmente por el Bank of Rhodesia and Nyasaland, en 1956 a 1961. Se trata de billetes muy tradicionales, que muestran en el anverso el retrato de Isabel II y en el reverso algunos de los más hermosos paisajes que podían ofrecer esos territorios, como las cataratas del Zambeze. Entre los billetes del período inglés de Sudafrica, independiente desde 1910 con el nombre de Unión Sudafricana, y que abandonó la Commonwealth en 1961, merecen ser recordados los Treasury Gold Certificates, emitidos en Pretoria en 1920 y muy similares a las libras esterlinas del Banco de Inglaterra, blancos e impresos por una sola cara.

Colonias americanas

Las posesiones inglesas en América son numerosas: entre los principales Estados que emitieron y siguen emitiendo billetes de banco, con referencias concretas a la Commonwealth o a la Corona, citamos Canadá, Jamaica, Belice, Caimán, Trinidad y Tobago, Guyana inglesa y numerosas islas del Caribe, como Antigua y Barbuda, Bahamas, Dominica, Granada, y San Vicente y Granadillas. Los billetes del Canadá, emitidos por el Colonial Bank, circularon en la mayoría de los territorios sujetos a la Corona inglesa. Desde 1866, el sistema en uso en el Canadá está basado en el dólar dividido en 100 cents. En otros lugares, el paso de la libra y sus submúltiplos al dólar se ha producido en fecha reciente: en Bermuda en 1970, en las Bahamas en 1966 y en Jamaica en 1969. Son de excepcional valor artístico algunos billetes emitidos en el Canadá entre 1901 y 1924. Los billetes canadienses y los de las pequeñas colonias se parecen bastante, pues presentan en el anverso el tradicional retrato de la reina Isabel, junto al cual aparecen de vez en cuando imágenes típicas del lugar, bien sean paisajes naturales o motivos culturales. Constituyen excepciones Jamaica y Barbados, cuyos billetes se dedican a personajes de la reciente historia local, pese a que en ambos casos el soberano inglés desempeña la función de jefe del Estado. El dólar no se usa en todas las colonias o ex colonias del continente americano: en las islas Malvinas (Falkland), reivindicadas por la Argentina y defendidas denodadamente por el ejército inglés en 1982, continúan utilizándose chelines y libras.

Colonias asiáticas

Las emisiones para las colonias inglesas de Asia siguen las complejas vicisitudes históricas de estas posesiones. La serie más notable es sin duda la emitida por la India. La primera, que circuló de 1861 a 1924, está constituida por papel moneda impreso por un lado, con la fórmula 1 promise to pay. . . Las emisiones coloniales acaban en 1943 con los billetes que representan a Jorge VI. Semejantes a los billetes indios son los emitidos por Birmania de 1937 a 1939 con las efigies de Jorge V y Jorge VI. Si nos desplazamos al Este, a la región de la península de Indochina y de las islas adyacentes, penetramos en una auténtica multitud de colonias inglesas, francesas, holandesas y portuguesas, con las consiguientes complicaciones desde el punto de vista monetario. Entre los billetes coloniales más raros de esta zona cabe citar los dólares emitidos entre 1886 y 1927 por la British North Borneo Company, la empresa comercial que administró la parte septentrional de la isla de Borneo entre 1877 y 1942. Entre los más hermosos, además de raros, se cuentan los billetes emitidos entre 1906 y 1924 por Colonias del Estrecho, un conju pequeños Estados formado por Penang, Singapur, Labuan y li Cocos y Chdstmas. Las dos últimas se anexionaron a Australia respectivamente en 1955 y 1958. En 1953 comienzan las emisiones de los dólares del Board of Commissioners of Currency, una entidad creada con el fin de dotar de una moneda común a las colonias de Malasia (Sabah, Sarawak, Singapur y Labuan).

Colonias del Pacífico

Entre las emisiones de los numerosos pequeños Estados de esta región, pertenecientes a la ommonwealth, recordemos los del archipiélago de las Salomón, donde a partir de 1966 el dólar sustituyó a la libra. Son únicos en su género los billetes de emergencia emitidos el 1 de enero de 1942 para el archipiélago de Gilbert y Ellice: se trata de bonos consistentes en hojitas de papel, de color blanco y rojo, mecanografiadas, or valor de 1, 2, 5 y 1 0 chelines y una libra esterlina, garantizados fondos especiales del gobierno ipiélago. e valor estético y comercial son los billetes, de estilo muy cuidado y típicamente liberty, emitidos desde 1910 en Australia por los bancos locales. A partir de 1966, este país ha adoptado como divisa el dólar, si bien continúa reconociendo a la reina como jefe del Estado, cuyo rostro aparece sólo en el billete de un dólar, junto a un canguro y un emú. Los demás valores se dedican a personajes de la historia local. Muy coloristas, como cabe esperar de la fauna local, son los modernos billetes de Papuasias-Nueva Guinea, que representan aves d el paraíso. Otro **documental** sobre la fauna lo proporcionan las emisiones de Nueva Zelanda. Resulta curioso que en los primeros billetes, que datan de 1934, aparezca el retrato de un rey maorí, en tanto el de la reina sólo se encuentra en los actuales. En 1967, también Nueva Zelanda sustituyó la libra por el dólar.

[Las monedas del pueblo hebreo](#)

Los hebreos son una estirpe étnicamente afín a los fenicios y a los asiriobabilónicos, y sus orígenes, según la Biblia, hay que buscarlos en el territorio de Ur, en Caldea, región situada en las costas del golfo Pérsico y atravesada por el Éufrates. Este pueblo (cuyo nombre significa precisamente , gentes venidas del otro lado del río), tras un peregrinaje que duró varios siglos, alcanzó la zona meridional de Siria conocida comúnmente por Palestina, y llamada por los judíos **tierra de Canaán** o